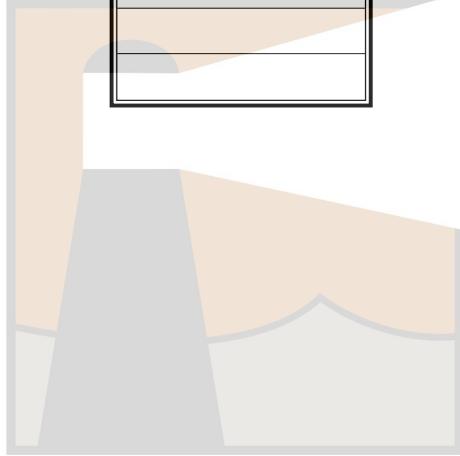




EX LIBRIS



MAREA
EDITORIAL

Libertad Demitrópulos



EVA PERÓN

MAREA
EDITORIAL



Demitrópulos, Libertad

Eva Perón / Libertad Demitrópulos. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Marea, 2023.

216 p. ; 20 x 14 cm. - (Historia Urgente / Constanza Brunet ; 101)

ISBN 978-987-823-024-5

1. Biografías. I. Título.

CDD 920.72

Dirección editorial: Constanza Brunet
Coordinación editorial: Víctor Sabanes
Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez
Asistencia de edición: Carmela Pavesi
Fotografía de tapa: Gentileza Instituto Nacional de Investigaciones
Históricas Eva Perón / Museo Eva Perón
Fotografía de contratapa: Gentileza Marcela Giannuzzi

© 2023 Herederos de Libertad Demitrópulos

© 2023 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina

Tel.: (5411) 4371-1511

marea@editorialmarea.com.ar

www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-823-024-5

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.



*A mis hijas
Moira y Leda Giannuzzi, mujeres,
este ejemplo de mujer.*

MAREA
EDITORIAL

Capítulo I

Una noche

Noche. Lluve. En el barrio de latas o de apenas algunos raleados ladrillos, la oscuridad envuelve todo. Adentro de una de esas habitaciones débilmente iluminada por un velón, un hombre se debate entre la vida y la muerte atacado por una hemorragia estomacal. Grandes vómitos de sangre lo van deteriorando. Su mujer llora en silencio, impotente. ¿Qué podía hacer? ¿Con quién dejaría los hijos que, llorosos, miraban ese cuadro? ¿Cómo arrastraría al hombre bajo la lluvia, entre el barro y la oscuridad? Los sollozos se apagan y renacen. ¡Si pudiera llamar por teléfono y pedir una ambulancia! Pero había un teléfono a más de diez cuadras en el almacén y no se atrevía a dejar a su marido en ese estado. Y aunque lograra llegar hasta allí sabía que la ambulancia no tomaría el pedido por no atravesar esas infernales calles de barro.

Llora la mujer y a la luz de la vela se le distingue un gesto de resignación, cuando se oye llamar a la puerta. Es un compañero de trabajo del enfermo que viene a averiguar sobre su estado de salud. La vista del cuadro lo sacude. Hacía unos tres días estuvo para traerle unos pesos y acompañar al enfermo y ahora lo encontraba en ese estado.

Rápidamente el amigo toma una determinación: transportar sobre sus hombros al enfermo. Corre la mujer de un lado para el otro, lo arroja, recomienda al hijo mayor (siete años) el cuidado de los otros, echa llave a la puerta y abordan la intemperie.

Entre el barro, sorteando las caídas, arrastrando al enfermo que desfallece, al amigo le parece que una cuadra es como recorrer el infinito. ¿No sería su impulso una imprudencia irremediable? ¿Y si volvieran? ¿No era eso entregarlo a la muerte?

La mujer se pegaba al cuerpo del marido haciendo más pesado el desplazamiento. En su afán de ayudar, obstaculizaba. Por dos veces los fuertes brazos del amigo estuvieron a punto de ser vencidos por el peso del cuerpo atravesado de dolor.

De pronto esa atroz calle de un barrio pobre de Avellaneda es iluminada por los potentes faros de un auto que se aproximaba. ¿Quién podía andar a esas horas y en el barrial? Los autos no andaban en esa calle ni siquiera en pleno día. Era extraño; más bien increíble.

Pero el coche ha llegado hasta ellos y una voz de mujer, clara y vibrante, dice:

–Si es un enfermo, suba rápido.

Se acercan. Agradecen. Sí, necesitamos urgente atención para este enfermo que se muere: una úlcera perforada. La esposa agrega:

–No tenemos a dónde llevarlo; no tenemos recomendación para algún hospital.

Del coche baja una joven, se ve a la luz de los faros que es bella y que está vestida con elegancia. Ayudó a subir a los tres.

–No se preocupen, yo conozco a un médico de un hospital. Vamos allá.

Y dio la orden al chofer del taxi –porque resultó ser un taxi el coche aparecido– para que los llevara lo más rápidamente posible a un hospital de la ciudad de Buenos Aires.

En el trayecto la mujer del enfermo iba llorando al ver a su marido entrar en la inconsciencia y al recordar a los tres niños que habían quedado solos en la villa.

–¿Sufre usted? –preguntó la joven. Y le tendió su mano y la abrazaba.

Llegados al hospital bajó primero la joven, rápidamente, y le dijo al portero que buscaba al doctor Martín. “Está en la guardia”, dijo el portero.

–Dígale que Eva Duarte trae un enfermo grave.

Ahí supieron su nombre. Cuando apareció el médico ella conversó sobre la situación y, ante la amenaza del “no tenemos cama”, ella dijo:

–Ah no, a este enfermo me lo tenés que internar; buscale cama de donde sea, despachá a alguno no tan necesitado o buscate una de un vecino, pero lo tenés que atender si no me muero.

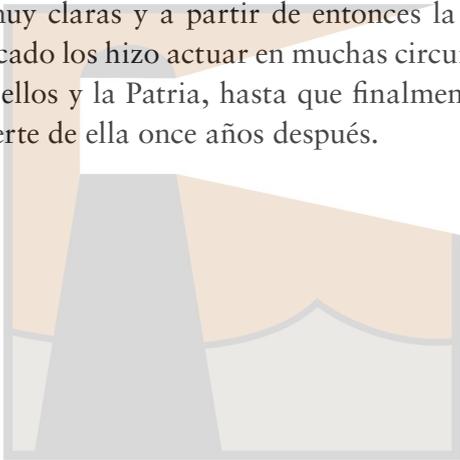
–Va a necesitar operación de urgencia –dijo el médico después de un rápido examen–. ¡Ah, Evita, quién pudiera ser uno de tus protegidos!

Solucionado el asunto de la internación, el enfermo fue operado y empezó una lenta recuperación. Después de pasar la noche acompañando al amigo y a la esposa, siendo ya el otro día, Eva dijo que tenía que irse porque estaba filmando una película y tenía que presentarse a trabajar. “Vendré más tarde”, dijo.

Diariamente estuvo yendo al hospital a interiorizarse de

la evolución y a acompañar al enfermo. Llevaba remedios y comida para la mujer y los chicos. El amigo era un obrero ferroviario que trabajaba en los talleres de Remedios de Escalada y como la mayoría de los trabajadores de este gremio era un anarco-sindicalista descreído y escéptico.

Eva Duarte y el obrero se hicieron amigos, conversaron mucho sobre la situación política del país del que Eva tenía ideas ya muy claras y a partir de entonces la vida que los había acercado los hizo actuar en muchas circunstancias críticas para ellos y la Patria, hasta que finalmente los separó con la muerte de ella once años después.



MAREA
EDITORIAL

Capítulo II

Las raíces del árbol

La niña vino al mundo en un pueblo con dos nombres: General Viamonte, nombre de la estación ferroviaria, y Los Toldos, el del pueblito, extendido sobre tierras que en otros tiempos fueron del cacique Coliqueo. Una estación por donde llegar o irse, un correo, un Banco de la Nación, la Escuela Urbana N° 1, chacras y estancias cuyos dueños residían en Buenos Aires y algunas viviendas de gente aquerenciada con la tierra. A la entrada del pueblo vivía doña Juana Ibarguren, la madre, con sus tres hijas mujeres: Elisa, Blanca y Erminda y un varón que era su orgullo: Juan. El 7 de mayo de 1919 nació la menor de todos ellos, María Eva, con lo que doña Juana sumaba cinco hijos para alegrarle la casa.

El padre era Juan Duarte, conocido hacendado de la zona, hombre misterioso que un día –teniendo Eva unos seis o siete años– falleció en un accidente automovilístico. Vienen y le avisan de la desgracia a doña Juana quien prepara a sus cachorros y sale con ellos para Chivilcoy donde velaban al padre de sus hijos. Allí la vida la esperaba para asestarle otro golpe: como Juan Duarte era casado, la familia legítima no le permite entrar a ella ni a sus hijos. Doña Juana saca fuerzas de flaquezas, recrimina, llora, levanta la voz y

reclama su derecho. Las dos familias se enfrentan. Al dolor se suma el chismorreo. Acusaciones. Escándalo. Finalmente intervienen voces serenas que persuaden, morigeran, pacifican los espíritus y a doña Juana se le permite que con sus hijos pueda acercarse al féretro y acompañarlo a su última morada.

Es así que a Eva alguien la levanta y la aproxima al rostro de su padre para un beso de despedida. Después ella también marcha con sus pasitos cortos detrás del cortejo hasta que todos van subiendo a sus coches y ella con su madre y hermanos queda a pie en el camino al cementerio.

Con cinco hijos, doña Juana siente que la vida se hace difícil. Ya no recibe el apoyo del compañero y recibe en cambio la maledicencia de la gente. Penosamente van pasando los años. Consigue ubicar a Elisa en un puesto en el correo de Los Toldos. Es una ayuda. Hasta que, finalmente y sin darse por vencida, resuelve mudarse a Junín. En medio de la pampa bonaerense, Junín era una ciudad pujante. Con su Escuela Normal, dos clubes, el Sarmiento y el Club Inglés donde la juventud practicaba deportes, con sus avenidas anchas y asfaltadas y no de tierra como las de Los Toldos. Eran los tiempos todavía presentes de Firpo y del gran Jack Dempsey. Época romántica, aún se bailaba el vals; las jovencitas que daban la vuelta del perro por la calle Rivadavia se cortaban la melena con gran escándalo de la familia y del pueblo. Tiempos de los cortes a la “garçon”; del charleston y en las pantallas de los cines hacían furor Douglas Fairbanks, Mary Pickford, Greta Garbo y Marlene Dietrich.

Pero eran tiempos difíciles, de apretarse el cinturón. Junín era un centro ferroviario importante y en sus talleres se desarrollaba intensa actividad. En el galpón de máquinas

trabajaban hombres de toda laya: seudomatones, aspirantes a cafishios, malevos en potencia, ideólogos y filósofos, lectores de Schopenhauer, de Kant y de Marx. Pocos años antes Junín fue el centro de una huelga que había logrado algún éxito como fue conseguir el primer escalafón obrero aprobado por el gobierno nacional y que correspondió al personal de foguistas y maquinistas.

Al llegar a Junín con su familia desde Los Toldos, doña Juana estaba sumándose imperceptiblemente al camino que iban realizando grupos humanos en su marcha a los centros urbanos, esos éxodos por etapas que hacía el hombre argentino hasta llegar a la metrópoli. Allí, en Junín, las mujeres y los jóvenes podían leer el *Mundo Argentino* y recrearse con las notas mundanas de fiestas y agasajos cuyos protagonistas tenían los apellidos de los grandes terratenientes y ganaderos de la zona. La vida pormenorizada de los astros y estrellas del cine, del teatro nacional y de la incipiente radio, podían leerse en *Sintonía*, *Caras y Caretas* y *El Hogar*.

Carlos Aloé, que trabajó en los talleres ferroviarios de Junín en los años de la niñez de Eva Duarte, dice que las agitaciones gremiales eran por esa época intensas. Admite que tenía por compañeros a muchos anarcosindicalistas, radicales, y en menor grado socialistas. Pero las luchas gremiales se circunscribían –dice– dentro del ambiente ferroviario al reconocimiento de la organización gremial. En esa época sólo estaba reconocida La Fraternidad, sociedad de maquinistas y foguistas exclusivamente, donde los aspirantes y enganchados no tenían cabida. Más tarde la Unión Ferroviaria obtiene personería gremial. El mismo Aloé admite que “eran tiempos de necesidad y al cinturón había que ajustarlo cada día más. Yo ganaba 88,40 pesos por mes. Con ello tenía que

pagarme la pensión y... fumar; otra cosa era imposible. Me salvaba la situación algún peso que de vez en cuando me hacía llegar mi santa madre, amén de la ropa”.¹

Eva era una niña retraída y muy tímida y no cabe duda que la circunstancia del enfrentamiento a tan pequeña edad con la muerte del padre y con la familia legítima que la humillara junto a su madre y hermanos fue un hecho decisivo en su vida, por los sentimientos que de golpe se le presentaron. “Desde que yo me acuerdo –dice y éste es su primer recuerdo– cada injusticia me hace doler el alma como si me clavasen algo en ella. De cada edad guardo el recuerdo de alguna injusticia que me sublevó desgarrándome íntimamente”.² Muchos años después Eva Duarte siendo ya Eva Perón explica su vida y para ello tiene que ir a buscar en sus primeros años los primeros sentimientos que hacen razonable o, por lo menos, explicable, su transformación en una revolucionaria. “He hallado en mi corazón un sentimiento fundamental que domina desde allí, en forma total, mi espíritu y mi vida: ese sentimiento es mi *indignación frente a la injusticia*”.³

Desde entonces signa su vida la antinomia: “Muchos pobres/ pocos ricos”. Los pobres eran como el pasto y los ricos como los árboles. Cuando alcanzaba los once años oyó a un hombre de trabajo, juninense, decir que había pobres porque los ricos eran demasiado ricos. Esta revelación la sublevó. Terminó la escuela primaria e hizo un amago de

1 Carlos Aloé: *Gobierno, proceso, conducta*, edición del autor.

2 Eva Perón: *La razón de mi vida*, Buenos Aires, Editorial de la Reconstrucción, 1973, p. 15.

3 Ib.

Índice

Capítulo I	
Una noche	9
Capítulo II	
Las raíces del árbol.....	13
Doña Juana.....	17
La carrera artística	21
Capítulo III	
La década infame	27
Capítulo IV	
Sus inquietudes gremiales iniciales.....	33
Capítulo V	
El encuentro.....	39
Testimonio de Renato Ciruzzi	46
Testimonio de Mario Soffici	50
Capítulo VI	
El gran día.....	53
La caída de Perón.....	54
El 17 de Octubre de 1945	59
Testimonio de Delia Maldonado	77

Capítulo VII

La campaña presidencial.....	81
Eva y las elecciones	84
La primera dama.....	87

Capítulo VIII

Evita en Europa	97
-----------------------	----

Capítulo IX

El voto femenino	115
------------------------	-----

Capítulo X

La Fundación	131
Testimonio de Carlos Aloé	144
Testimonio de Delia Maldonado	146

Capítulo XI

El Partido Peronista Femenino	149
Testimonio de Elena Fernícola.....	164

Capítulo XII

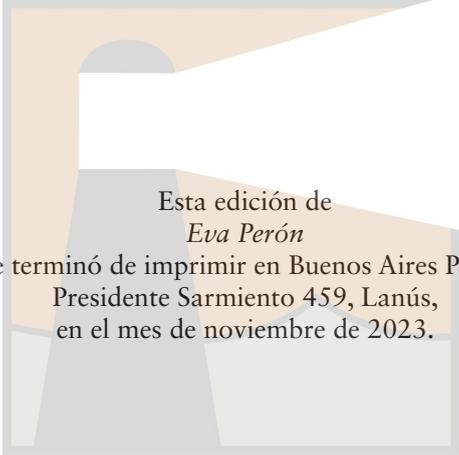
El renunciamento.....	169
-----------------------	-----

Capítulo XIII

El último 17 de Octubre de Evita.....	191
---------------------------------------	-----

Capítulo XIV

Pasión y muerte de Eva Perón	197
Su testamento.....	205
Su muerte.....	208



Esta edición de
Eva Perón
se terminó de imprimir en Buenos Aires Print,
Presidente Sarmiento 459, Lanús,
en el mes de noviembre de 2023.

MAREA
EDITORIAL